

**Mesa:** Militancias de Izquierdas latinoamericanas durante la segunda mitad del siglo XX. Ideología, políticas y prácticas culturales.

**Autor:** Stavale, Santiago.

**E-mail:** [santiagostavale@gmail.com](mailto:santiagostavale@gmail.com)

**Pertenencia institucional:** IdHICS-Fahce-UNLP

*“Silvio Frondizi: teoría y praxis en un intelectual-militante de la nueva izquierda”*

### **Introducción**

El presente trabajo, tiene por objetivo recuperar el pensamiento de un marxista latinoamericano algo olvidado, precursor y protagonista de lo que se conoce como la “nueva izquierda”<sup>1</sup> argentina y latinoamericana de la década de los 60 y 70: Silvio Frondizi. Decimos que fue un marxista latinoamericano, y no solo argentino, ya que su obra y su pensamiento, aún concentrándose en la especificidad nacional, trascendieron sus fronteras ocupando un lugar importante en la agenda de debates y problemas continentales. Así, su teoría de la “integración mundial capitalista” fue el punto de inicio de una obra que sienta posición en temas como el desarrollo capitalista en los países latinoamericanos, el rol y las características de las burguesías nacionales y el papel del imperialismo en la región.

En esta ponencia intentaremos hacer un repaso por dichos debates y definiciones, concentrándonos en el análisis que el autor hace del caso argentino. En ese sentido, y por último, intentaremos cruzar estos conceptos y caracterizaciones con las definiciones de una de las organizaciones políticas revolucionarias más importantes de la nueva izquierda argentina: el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). No se trata de un cruce azaroso ya que, como veremos, la organización

---

<sup>1</sup> Utilizamos el concepto de “nueva izquierda” para denominar al conjunto de fuerzas sociales y políticas que durante los años 60 y 70 protagonizaron un proceso de movilización y radicalización política, que incluyeron desde un sinnúmero de grupos intelectuales y culturales hasta los movimientos urbanos de tipo insurreccionales, las direcciones clasistas que surgieron en el movimiento obrero y las organizaciones revolucionarias que optaron por la lucha armada. Estas últimas fueron su manifestación más destacada, y una clara expresión del espíritu de la época, marcado por la revolución cubana y la ruptura con la izquierda tradicional encarnada en Argentina y América Latina por los partidos Comunista y Socialista respectivamente. (María Cristina Tortti, 2014.)

compartió gran parte de los análisis del autor, lo que condujo a este último a confluir política y orgánicamente con ésta hacia sus últimos años de vida.

### **El marxismo de Frondizi**

Silvio Frondizi fue un abogado, profesor de historia y doctor en jurisprudencia, que comenzó su producción intelectual en los marcos de la Universidad Nacional de Tucumán, desde donde publicará sus primeras obras de teoría política con una clara orientación liberal. Sus estudios sobre John Locke y su primer gran obra “El Estado Moderno”, aún en los limitados marcos del liberalismo, contienen una evidente preocupación por el alcance estructural de la crisis contemporánea y por el derrumbe definitivo del mundo liberal. Esta inquietud lo fue empujando de manera decidida a las aguas del materialismo dialéctico, en la medida en que fue vislumbrando que no había salida a dicha crisis en los marcos del capitalismo.

Ya en el año 1946 toma una posición teórica y política por el marxismo que se manifestará claramente en su texto “La evolución capitalista y el principio de soberanía” (Frondizi, 2014), donde ensayará su tesis central de la “integración mundial capitalista” y, dos años después, adquirirá contornos teóricos más precisos en su artículo “La crisis de la democracia” (Tarcus, 1997). Allí el autor plantea claramente que el problema principal de la civilización burguesa liberal residía en su propia naturaleza, la de estar constituida por la comunidad de dos fuerzas antitéticas: la burguesía como manifestación económica y el liberalismo como expresión espiritual (Frondizi, 2014: 110). Así, mientras por un lado el liberalismo profesa el mundo de la libertad, por el otro (y en expresa contradicción) la sociedad burguesa se fundamenta en la protección de los intereses económicos de las clases dominantes, haciendo imposible la compatibilidad entre capitalismo y democracia. Esta certeza fundamenta su opción por el socialismo como única alternativa para superar dicho antagonismo.

Ahora bien, su opción por el marxismo estará lejos de ser la opción hegemónica ofrecida por la inteligencia soviética. Frondizi, fiel a su espíritu crítico, inconforme y antidogmático, adoptará al materialismo dialéctico como una guía para el análisis y para la acción, como un método para captar la realidad en su dinámica. Para el autor, era la esencia

del marxismo estar todo el tiempo en constante renovación, ya que concebía al mundo como un proceso sujeto a constantes cambios. Por eso, desde un inicio reaccionará contra las versiones anquilosadas del marxismo que ofrecían conclusiones históricas dadas y fórmulas de aplicación mecánica construidas cuarenta o cien años atrás:

“¿Significa ello negar el marxismo? Sí, sí por marxismo se entiende las conclusiones históricas dadas. No, si por materialismo dialéctico entendemos, en este caso, un método dinámico abierto siempre al progreso; es decir a la necesidad de reelaborar la doctrina para ponerla a tono con el adelanto general de la época.” (Fronzizi, 2014:127)

Como vemos, Fronzizi partirá de la certeza de que en el marxismo no hay verdades absolutas, sino “verdades absolutas en sentido relativo”. Esta convicción parte de ubicar a la praxis humana, al hombre en actividad productiva, en su actividad total, como el fundamento de la vida social, como el motor de la historia. La praxis aparece entonces como el concepto que le permite entender a la historia como proceso en constante transformación, en el que el hombre tiene principal protagonismo. Estas premisas, según el autor, habían sido abandonadas hace tiempo por los adalides del marxismo oficial: “el materialismo dialéctico, lamentablemente, se ha ido transformando en buena parte en un economicismo, rechazando ciegamente todo aporte sobre el estudio de la naturaleza del hombre, y lo ha hecho en forma arbitraria y estúpida.” (Fronzizi, 2014:137)

Por ello es que se propone comenzar un ejercicio introspectivo al interior del propio campo del materialismo dialéctico que le permita renovar la praxis histórica y comprender la nueva fase que vivía el capitalismo, repensando las estrategias revolucionarias para lograr su ocaso final.

En esa tarea, se propone un análisis crítico de los autores clásicos para identificar los vacíos teóricos y los aspectos que ya no podían ser aplicados a la realidad contemporánea, y que la izquierda tradicional, especialmente los Partidos Comunistas, seguían sosteniendo dogmáticamente. Para Fronzizi los padres fundadores del materialismo histórico, Marx y Engels, no habían podido dedicarse a profundizar los aspectos de la teoría general, fundamentalmente el aspecto filosófico-científico, así como tampoco habían prestado demasiada atención al estudio teórico-práctico de la nueva sociedad socialista. No obstante, lo más necesario era repensar las conclusiones a las que éstos habían arribado, ya que por estar atadas al análisis de una fase del capitalismo que ya estaba caduca, el de “competencia

nacional”, de ninguna forma podían ser las mismas para el estado actual de cosas (Fron­dizi, 2014:137).

Lenin aparece, entonces, como un ejemplo ilustre de un marxismo revolucionario preocupado por desentrañar la realidad en toda su complejidad sin repetir de manera acrítica las formulaciones preestablecidas. Esto le había permitido comprender de manera cabal la nueva fase imperialista a través de la cual el capitalismo había logrado sortear la crisis descargando sus contradicciones sobre las espaldas de los países subdesarrollados, y al mismo tiempo, comprender que la revolución comenzaría por los eslabones más débiles de la cadena. Ahora bien, aun considerando exactas las conclusiones leninistas, para el autor no se había avanzado en el estudio de los problemas que creaba el hecho de que las revoluciones socialistas triunfaran en países atrasados, lo que conducía a un empirismo peligroso y a aplicar de manera mecánica y burocrática la experiencia rusa a la realidad latinoamericana. Además la extrapolación de la experiencia soviética era problemática porque significaba no tener en cuenta los cuarenta años de vertiginosas transformaciones que habían transcurrido desde su triunfo.

Como dijimos, ya trece años antes, en septiembre de 1946, el autor había elaborado su tesis sobre la “integración mundial capitalista” en la que evaluaba los efectos de la segunda guerra mundial, el rediseño de la geopolítica imperialista y los nuevos intereses e instituciones (Banco Mundial, FMI, OIT) que marcaban una nueva era del capitalismo que la teoría leninista del imperialismo no podía explicar.

El nuevo escenario marcado por el surgimiento de Estados Unidos como potencia hegemónica a nivel internacional, la internacionalización e integración del capital y la dominación neocolonial reactualizaban los debates sobre la dominación imperialista, la dependencia, el papel de las burguesías nacionales, los rasgos de los capitalismo­es latinoamericanos y el carácter de la revolución.

Es necesario, entonces, realizar un repaso sobre los principales supuestos y planteos de esa teoría y analizar la forma en que entendía, a partir de ésta, la realidad latinoamericana y argentina, así como también la estrategia y el carácter que debía adquirir el proceso revolucionario.

### **“La integración mundial capitalista” y sus consecuencias para América Latina**

Es necesario aclarar que la teoría de la “integración mundial capitalista” fue el núcleo que sostuvo Frondizi durante toda su trayectoria, al que le incorporó directa o indirectamente nuevos contenidos acorde al avance de la situación internacional (Barbero, 2014: 14). Ésta teoría asumió vital importancia en el análisis de la realidad latinoamericana y fue la base desde la cual emprendió el análisis de la realidad argentina.

Respondiendo a un método de análisis marxista, el autor parte de un análisis internacional del capitalismo para, luego, indagar sobre la forma en que ésta impacta en las realidades regionales y nacionales. De esta manera, desentrañar las lógicas del capitalismo a nivel global era una condición sine qua non para comprender como se reconfiguraba la dependencia en Argentina.

El nuevo escenario estaba dominado por un conjunto de nuevas condiciones que habían puesto entre signos de interrogación las tesis leninistas sobre las fases del imperialismo. La consolidación de estados nacionales formalmente independientes; el ocaso del imperialismo británico y el surgimiento de Estados Unidos como potencia económica hegemónica a nivel mundial; la salida de la crisis y la apertura de un nuevo proceso de concentración, acumulación, desarrollo e interdependencia de las fuerzas productivas; ponían en cuestión la previsión leninista de que el capitalismo estallaría antes que se lograra dicha integración en un “único trust mundial”.

Frondizi analiza el proceso evolutivo del capitalismo, e identifica una tercera y última fase. Así las fases del capitalismo eran: 1- La fase en que denomina de “competencia nacional”, caracterizada por el desarrollo primario del sistema capitalista, en que la libre competencia era el eje rector, y su rasgo central a nivel internacional era la acentuación de las nacionalidades. Esta fase fue la que analizó el mismo Marx y sobre la cual construyó sus conclusiones. 2- La segunda fase es la de la formación de los sistemas imperialistas nacionales, y se caracteriza por una marcada acentuación de las contradicciones del sistema capitalista al interior de las naciones, que lo lleva a sustituir la libre competencia por el capitalismo monopolista, y que a su vez lleva a acentuar las contradicciones del proceso de acumulación. En esta fase, las potencias imperialistas buscan exportar sus capitales a países menos avanzados en los cuales descargar los efectos de la crisis y renovar el ciclo del capital, lo que términos políticos se tradujo en la lucha entre las grandes potencias

capitalistas por la obtención de materias primas y mercados: la división territorial del mundo por zona de influencia. Ahora bien esta fase perduro lo que la situación política y económica del capitalismo le permitió, pero la agravación de sus contradicciones la llevo hacia su ocaso. 3- Esta última situación dio paso a un nuevo estadio: la integración mundial capitalista. Lejos de ser una negación de la teoría leninista, el autor la considera como una continuación, basada en nuevas condiciones. Los rasgos distintivos de esta nueva fase eran un enorme desarrollo de las fuerzas productivas dado por la integración de la producción a nivel mundial, una enorme intensidad de las contradicciones internas en los países, especialmente en los Estados Unidos, y la ruptura del equilibrio entre las principales potencias capitalista que dio como resultado el surgimiento de este último como potencia rectora a nivel internacional (Fronidizi, 2014).

Esta caracterización fue fuertemente criticada por el Partido Comunista Argentino: uno de sus exponentes más significativos, Rodolfo Ghioldi, en un artículo demoledor (en Fronidizi, 2014) emparentó la tesis frondizista con la teoría del “ultraimperialismo” de Karl Kautsky, líder de la II Internacional, y principal rival político y teórico de Lenin. Éste preveía la substitución de la política imperialista basada en la lucha de grupos capitalistas financieros internacionales entre sí por la explotación común del mundo por el capital financiero internacionalmente unido. Sin embargo, como deja en claro Fronidizi en su respuesta, esta previsión suponía que la nueva fase estaría en condiciones de eliminar las contradicciones del capitalismo, algo que nuestro autor negaba rotundamente, llegando a la conclusión exactamente opuesta: la nueva fase atenuaba, única y exclusivamente, determinadas contradicciones no decisivas, pero no la contradicción fundamental, haciendo de las crisis fenómenos más integrales y, por ende, llevando al capitalismo a una situación límite en el que el “desastre” era inevitable (Fronidizi, 2014: 100).

De este modo, la combinación de los nuevos factores con una tendencia descendente cada vez más acentuada de la tasa de ganancia, un aumento estrepitoso de las contradicciones del capitalismo y una disminución considerable de la esfera de explotación por la expansión de territorios que rompían con el mundo capitalista (la URSS y China), llevaban a la flamante potencia a enfrentar una crisis cada vez mas general, obligándola a extremar la explotación del resto del mundo y a absorber la casi totalidad de las tareas mundiales de control y

vigilancia para evitar cualquier proceso o eventualidad que afectara los intereses capitalistas.

La política internacional de corte “progresista” promovida por Norteamérica, bajo el mando de Roosevelt, también debía ser entendida como parte de esta nueva situación: el estímulo a cierto desarrollo industrial de las potencias menores y de los países coloniales y semi-coloniales, estaban puestas en función de una división del trabajo impuesta y controlada, con límites perfectamente claros y fijados en función de sus intereses (Fronidizi, 2014: 94). El intercambio desigual y la subordinación del resto de los países a la economía y la política norteamericana se sostuvo, fundamentalmente, en base a una política crediticia usuraria, dirigida e impuesta en la coyuntura de posguerra (Plan Marshal, etc), y a balanzas comerciales fuertemente inclinadas en beneficio imperialista.

Toda esta situación exigió la substitución de un sistema colonial por otro, en el que el país dominante cedía aparentemente en el aspecto político para ganar en el aspecto económico, y en el que se atenúa la contradicción entre capital imperialista y capital nacional, debido al dominio del primero sobre el segundo (Fronidizi, s.f: 39).

Como analiza Fronidizi, para el año 1955 América Latina ya absorbía un 40% del capital privado norteamericano invertido exteriormente, desplazando a la inversión británica, y estableciéndose como potencia hegemónica indiscutible. Estas inversiones, a diferencia de las que dominaron bajo mando británico, tuvieron como destino recurrente las ramas industriales generando una importante interrelación entre los capitales imperialistas y nacionales, lo que para el autor contribuye a explicar la capacidad cada vez menor de resistencia que tenían las burguesías nacionales latinoamericanas frente a la penetración imperialista yanqui.

El imperialismo tuvo a su vez una acción deformante para el comercio inter-americano. Éste fue restringido y controlado por los Estados Unidos, que construyó vínculos comerciales exclusivos y unilaterales con cada uno de los países latinoamericanos tendiendo a mantenerlos aislados, lo que se vio agravado, además, por el tipo de relación comercial que la potencia imperialista sostuvo y construyó con América Latina. Caracterizada por la tendencia a vender más de lo que compraba, y a imponer precios mayores de las exportaciones que los precios de sus importaciones, Estados Unidos consolidó un esquema de caída sistemática de los términos de intercambio para los países

latinoamericanos. Este dominio absoluto del mercado capitalista se agravaba por el hecho de que el imperialismo también era productor de varias de las materias primas que exportaban los países latinoamericanos, por lo que podía modificar casi a su parecer los precios de las mismas: “El imperialismo norteamericano está en condiciones de manipular en su propio beneficio los términos del intercambio con Latinoamérica, por superioridad técnica y financiera y por el dominio del mercado mundial.” (Fronzizi, s.f: 39).

A esta acción de tipo económica se le agregaba las medidas y maniobras tendientes a integrar política y militarmente a Latinoamérica en beneficio y bajo estricto control imperial. En lo político a través de regímenes absolutamente adictos a sus intereses monopolistas, y a través de la hostilización a aquellos gobiernos que manifiesten una mínima intención de desarrollo autónomo; y en lo militar a través de la creación de doctrinas e instancias de instrucción y de control de los ejércitos nacionales para reprimir todo intento revolucionario en la región.

En resumen, Fronzizi ordena algunas de las principales consecuencias de este nuevo reordenamiento mundial para América Latina de la siguiente manera:

“la subordinación y deformación de la economía nacional de cada país latinoamericano, su dependencia de las fluctuaciones del mercado internacional, el desarrollo unilateral e hipertrofiado de las ramas de producción que interesen a la economía imperialista y no perjudiquen sus políticas invasoras, el mantenimiento y agravación de la barbarie agraria, el atraso, endeblez y unilateralidad de la industria nativa; las bajísimas condiciones de vida para la inmensa mayoría de la población; la fragmentación nacional artificialmente creada y mantenida del continente: el carácter retrogrado y opresivo de las relaciones sociales; el predominio de regímenes e instituciones despóticos y antipopulares; el atraso e indigencia de la vida cultural, etc.” (Fronzizi, s.f: 95).

Por último es necesario remarcar que, para Fronzizi, esta tendencia de integración mundial de la producción y de superexplotación de los países subdesarrollados llevaba a una universalización de la situación política estrechándose los márgenes para cualquier intento independiente de la burguesía nacional. Esto conducía a la formación de un frente mundial de las fuerzas revolucionarias, que adquirirían la cohesión necesaria ante una tarea enormemente simplificada: al borrarse, en el orden nacional, la diferencia entre el capital imperialista y el capital nacional, la revolución adquiriría necesariamente una dimensión internacional y socialista.



### **Revolución por etapas o revolución permanente: la realidad argentina.**

Como vimos, de la teoría de la integración mundial capitalista se desprendía la idea de que era imposible pretender que las burguesías nacionales encabezaran un proceso de independencia nacional. La comunidad de intereses que se había construido entre el capital internacional y nacional, dada por el interés del imperialismo de alentar una “pseudo industrialización” en los países atrasados, había disminuido rotundamente las contradicciones entre ambos, lo que le daba necesariamente un carácter antiimperialista y socialista a la lucha revolucionaria. Los únicos interesados en un proceso real de independencia eran los trabajadores, y por eso, Para Frondizi, era utópico pretender desarrollar una revolución de características democrático-burguesas en los países latinoamericanos.

Esto enfrentaba a nuestro autor a los Partidos Comunistas latinoamericanos, y muy especialmente al argentino. Como vimos, la polémica se había desatado de manera frontal, y a lo largo de sus obras es algo que estará presente, y un punto de referencia que le permitirá desarrollar su propia teoría. Como remarca Horacio Tarcus, las diferencias entre Frondizi y el PCA son de carácter programático y estratégico. El punto clave de ese desencuentro residía en la caracterización del capitalismo argentino y mundial y, como consecuencia, en las definiciones sobre el carácter que debían asumir las revoluciones en América Latina. Así, mientras que el comunismo argentino comienza a “descubrir”, desde 1935 en adelante, las virtudes de una burguesía supuestamente democrática, que justificaba su estrategia de “revolución por etapas”, Frondizi arriba a la conclusión de que las burguesías ya no cumplían ningún rol progresista en la historia ni se interesaban por preservar, y mucho menos desarrollar, las conquistas democráticas. En este punto nuestro autor se apoyaba en Trotsky, quien caracterizaba la posición “etapista” como el resultado de un desconocimiento del capitalismo y su desarrollo. Según el líder ruso, como sistema mundial, la expansión capitalista-imperialista generaba un desarrollo “desigual y combinado”, es decir, que el subdesarrollo era una condición necesaria para dicho sistema, y las economías nacionales sólo un momento en ese proceso (Tarcus, 1997: 83). Esta posición conducía a Frondizi a adoptar también la tesis trotskista de la “revolución permanente”: ante la ausencia de una burguesía con características revolucionarias, y la imposibilidad de un proceso de revolución democrática-burguesa en América Latina, las

tareas inconclusas del capitalismo nacional debían ser llevada adelante por la única clase que podía romper con la dependencia, los trabajadores, y en un proceso ininterrumpido hacia el socialismo.

Esto se hacía evidente en el caso argentino, país que contenía, según Frondizi, uno de los ejemplos más claros de revolución democrático-burguesa frustrada: el peronismo.

El análisis del peronismo, entonces, asumía un doble sentido: por un lado funcionaba como ejemplo testigo de sus conclusiones teóricas y, por el otro, era algo absolutamente necesario para alguien que intervenía en la realidad argentina no sólo como intelectual sino, y fundamentalmente, como militante revolucionario.

En los dos tomos de su célebre obra, “La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica”, de 1955 y 1956 respectivamente, el peronismo asume centralidad, ya que le permite describir y analizar el comportamiento de la burguesía nacional en el marco del proceso de integración mundial capitalista, al tiempo que polemizar con las estrategias de la izquierda vernácula ensayando una discusión doctrinaria sobre los problemas de la lucha de clases y dejar planteado un programa para la revolución.

Frondizi caracteriza a la Argentina de la década del ‘40, como un país semi colonial, en el que el capital extranjero, en complicidad con los sectores nativos terratenientes y vinculados al comercio exterior, explotaban el trabajo y la riqueza nacional dentro de una estructura política formalmente independiente. Según el análisis del autor, las inversiones de capital extranjero, fundamentalmente de origen británico y norteamericano, y su consecuente control sobre el flujo comercial, eran las responsables de conferirle a la economía argentina características de subordinación y especialización deformante. Como consecuencia, la gran industria argentina había nacido como subsidiarias del imperialismo, y no como fruto de la competencia. Esto transformaba a la burguesía argentina en una burguesía esencialmente dependiente, lo que la alejaba de cualquier posibilidad de desarrollo autónomo.

Es por ello que la caída de las importaciones y de los precios agropecuarios, consecuencia de la crisis del '29 y de la Segunda Guerra Mundial, forzaron a la argentina a asumir un estatismo defensivo, que se ocupara de la defensa exterior y del sostén interior del capitalismo nacional: “en Argentina, la tendencia al estatismo es, desde su origen, una

reacción defensiva ante las consecuencias críticas del dominio imperialista y, particularmente, ante la gran depresión” (Frondizi, s.f: 119).

El Estado, entonces, se transformó en garante del capitalismo nacional motorizando un proceso de industrialización por sustitución de importaciones, y como consecuencia indeseada, aumentando el peso específico y la presión social de los trabajadores. Esto hizo comprender, incluso a miembros de la oligarquía en el poder, los inconvenientes de una economía unilateral atada al mercado internacional. Frente a este panorama, y ante las limitaciones evidentes de la burguesía nacional, sólo el Estado estaba en condiciones de afrontar esta situación. Este escenario, además, se agravaba por la situación del imperialismo inglés, que estaba en retirada ante el nuevo rival norteamericano, llevando al capitalismo argentino a pagar la cuota en los costos de liquidación del viejo imperio.

Según Frondizi, este nuevo panorama generó las condiciones para el surgimiento de un gobierno de tipo bonapartista, el peronismo:

“Una burguesía en crisis que necesita de un Estado fuerte, el que corre riesgo de autonomizarse de ella, posibilita ya desde 1930 la emergencia de una de las ramas del Estado, el Ejército que –interesado en fortalecer las tendencias al ‘capitalismo de Estado’- empezará en los ’40 a jugar un rol bonapartista, de mediador entre los sectores en pugna: entre el imperialismo inglés declinante y el imperialismo yanqui emergente; entre los distintos sectores en que está fragmentada la clase dominante; y por último entre las fuerzas del Capital y las del Trabajo. El peronismo no será sino la coronación y la expresión política de este proceso, que no surgió súbitamente a la luz pública con el golpe militar del 43, sino que es el resultado y el remate necesario de un proceso mundial y local que hunde sus raíces en la década del 30.”(Tarcus, 1997:129)

Es de destacar que el autor rechaza la caracterización que había hecho la izquierda tradicional del peronismo como fascismo, por considerarla errada política y teóricamente. Así, solo el hecho de que el peronismo se apoyara en las dos clases extremas, el gran capital y la clase obrera, descargando el impacto de su política en los hombros de la pequeña burguesía y en la clase media, bastaba para descartar esa caracterización. Partiendo de la caracterización leninista, define bonapartismo como un gobierno que, esforzándose por aparentar imparcialidad, se aprovecha de la lucha aguda y extrema planteada entre los partidos de los capitalistas y los obreros, sirviendo en realidad a los primeros y engañando a los segundos. A su vez, entiende como característica principal del peronismo el llevar adelante y tomar a su cargo las tareas económicas necesarias que la endeble burguesía nacional no era capaz de hacer por sí sola, manteniendo un grado apreciable de paz social.

Las posibilidades para el surgimiento de este fenómeno social y político estaban dadas también por una situación excepcional y transitoria que contribuía a nutrir las esperanzas de un progreso relativamente independiente de la economía argentina: el de la emergencia de una especie de interregno en el cual el imperialismo inglés vio disminuir su control sin que se hubiera producido un dominio definitivo y concreto del imperialismo yanqui en el país y en el mundo. Esto, para el autor, había posibilitado cierto bonapartismo internacional del peronismo que le permitía plantearse como una “tercera posición” a nivel mundial y generar las esperanzas en un proceso de revolución democrático-burguesa antiimperialista (Frondizi, s.f: 123). Ahora bien, para Frondizi, esta situación era solo aparente ya que el peronismo se había apoyado fuertemente en el imperialismo inglés para acceder al poder, al mismo tiempo que se había visto obligado a negociar con Estados Unidos a pesar de su verborragia antiimperialista. Así, para el autor, el proceso peronista no había significado transformaciones esenciales de la estructura tradicional de la economía argentina, ya que por un lado las raíces de la dependencia y de su “deformación” no habían sido destruidas; al agro no le había llegado la revolución, ni siquiera una tibia reforma; habían sido respetados los intereses imperialistas, a los cuales incluso se había llamado a colaborar a través de empresas mixtas; se habían realizado acuerdos comerciales sumamente desfavorables para la argentina (por ejemplo, el tratado Eddy-Bramuglia había sido la réplica peronista del tratado Roca-Runciman); se habían mantenido relaciones mercantiles de tipo semi-colonial con el imperialismo norteamericano y cedido ante su acción estranguladora.

Las condiciones y el cerco impuestos por el imperialismo, el agotamiento de las reservas del tesoro, el creciente descontento de sectores de la burguesía que se volcaron a la oposición exigiendo terminar con la política de protección laboral para aumentar la productividad, la intensificación de la polarización social y la ruptura del equilibrio de clases, fueron algunos de los factores y acontecimientos que Frondizi analizó para fines de 1953 y que lo llevaron a prever la crisis final del peronismo. Con ello se asistía al fracaso rotundo del intento más importante de revolución democrática-burguesa ensayado en el país. Dicha crisis tenía consecuencias sumamente nocivas para los trabajadores quienes debían cargar con sus consecuencias.

Ahora bien, Frondizi reconoce que el peronismo había producido algunos resultados beneficiosos para los trabajadores, particularmente en el orden social y político:

“Al apoyarse en el pueblo, la dirección política capitalista, aun en el caso de que no otorgue en realidad ninguna ventaja económica al obrero, le desarrolla la conciencia de clase, y le da la suficiente personalidad como para sentirse amo del estado. Se produce de esta forma una maduración acelerada de la clase obrera, que hubiera necesitado muchos años de luchas sociales para llegar al mismo resultado” (Frondizi, s.f: 211).

De este modo, para Frondizi, el peronismo había habilitado una primera fase de la conciencia de la clase obrera, que debía ser superado, y necesariamente iba a ser superado, por el peso de sus contradicciones y por su naturaleza de clase.

Como vimos el autor cuestionara la interpretación del peronismo como fascismo y también como movimiento nacional y popular, recuperando y haciendo suya la categoría de bonapartismo.

Esta misma caracterización fue retomada por una de las organizaciones marxistas más importantes e influyentes de la década del 70: el PRT-ERP. En el siguiente apartado intentaremos realizar un breve análisis sobre las principales definiciones de esa organización y rastrear los puntos de contacto y los puentes que se tendieron entre ésta y la concepción frondizista.

### **El PRT y Silvio Frondizi: definiciones y trayectorias comunes.**

En enero de 1959 tuvo lugar la revolución cubana, hecho político que marcó un quiebre en la realidad latinoamericana y mundial, reordenando e impulsando viejos y nuevos debates en el seno de las organizaciones de izquierda. De este modo, la discusión sobre el carácter que debía tener la revolución, así como las vías para lograrla, se pusieron a la orden del día y dieron nacimiento a múltiples organizaciones revolucionarias y destacamentos guerrilleros en todo el continente.

Silvio Frondizi será uno de los primeros intelectuales argentinos en hacerse eco de los significados de dicho proceso. A diferencia de múltiples organizaciones e intelectuales de la izquierda tradicional que miraban con ojos desconfiados a la gesta cubana, el ya consagrado abogado marxista lo caracterizaba como un hecho de “significación histórica fundamental” en tanto había “roto definitivamente ‘con el esquema reformista, y en particular con el estúpido determinismo, casi fatalismo geopolítico.’” (Frondizi, 1960: 16). Para el autor, dicho triunfo revolucionario significaba una “confirmación histórica” de sus

posiciones doctrinarias, desde las cuales había polemizado con los comunistas argentinos y latinoamericanos.

Por otro lado, para Frondizi la gesta cubana había roto con las formas pasivas en que se venía expresando el descontento popular e incluso el movimiento revolucionario, configurando la toma de la ofensiva por parte de las fuerzas revolucionarias<sup>2</sup>. En ese sentido, la lucha guerrillera planteaba una estrategia continental que podía romper con lo que Frondizi denominaba el “cerco comunista” construido por los Partidos Comunistas latinoamericanos, abriendo paso a la conformación de grupos extra-comunistas que se pusieran al frente de los distintos procesos nacionales. Aquel entusiasmo y determinación se puede observar en las apreciaciones que al autor hacía de la primera experiencia guerrillera argentina, Uturuncos:

“Es notable indicar como el problema de las guerrillas y el héroe anónimo Uturunco ya ha hecho presa de la imaginación popular en forma tal que superó a los cálculos más oportunistas. La solución está a la vista: el país ya se encuentra objetivamente maduro para una profunda transformación económico-social: lo que debemos hacer es ponernos en marcha para realizar tal tarea y poner orden en el país.”<sup>3</sup>

Al mismo tiempo, la revolución cubana se presentaba como una confirmación de las tesis trotskistas del desarrollo “desigual y combinado” y de la “revolución permanente”, por lo que, como vimos, también potenciaba la afinidad teórica que Frondizi venía cultivando con aquella corriente.

Todos estos elementos explican el acercamiento que se producirá hacia principio de los años ‘70 entre nuestro autor y el PRT-ERP. Es que esta última fue la expresión orgánica más significativa de Argentina de aquel nuevo espacio político-ideológico que se había abierto en el marxismo extra-comunista con la irrupción de la revolución cubana.

Desde sus orígenes, la gesta castrista atravesó los debates de aquella organización. De hecho la reivindicación de aquel proceso, incluso de la estrategia guerrillera, fue uno de los puentes que permitió el acercamiento de las dos organizaciones que dieron vida al PRT en el año 1965: Palabra Obrera (PO) y el Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP)<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> Frondizi, Silvio “1960: el pueblo lucha por su liberación” Revolución Nro 32. Febrero de 1960

<sup>3</sup> Ídem.

<sup>4</sup> Palabra Obrera (PO), organización trotskista fundada en 1959 por Nahuel Moreno (quien había mantenido indirectamente polémicas con Silvio Frondizi), era una de las pocas organizaciones de aquella corriente que analizó la gesta cubana como confirmación de las tesis del líder ruso, e incluso que consideró como método

Sin embargo, también fue al calor de los debates estratégicos que planteó la revolución cubana que se gestó su ruptura. Solo cuatro años después de su fundación, Nahuel Moreno se enfrentó a Mario Roberto Santucho en el debate sobre las vías de la revolución y las tareas de la etapa: mientras el primero abandonó su fugaz simpatía por la vía armada, el segundo insistió en la tesis guevarista sobre la necesidad de lanzar una guerra revolucionaria dirigida por un ejército guerrillero. Esa discusión, entre otras, dio como resultado la formación de dos organizaciones: por un lado el sector encabezado por Moreno fundará el PRT-*La Verdad* que luego pasará a conocerse como el Partido Socialista de los Trabajadores; y por el otro, el sector encabezado por Santucho formará el PRT - *El Combatiente* que luego, desde su V Congreso realizado en 1970, se pasará a conocer como PRT-ERP.

Esta última organización continuó sosteniendo la tesis trotskista del “desarrollo desigual y combinado” y la firme idea de que el único camino para romper con la dependencia era una revolución dirigida por los trabajadores y de carácter, contenido y horizonte socialista.

Las resoluciones del IV Congreso, que será el primero luego de la ruptura, terminaron conformando un documento en el que se trazaron las definiciones políticas e ideológicas más importante del PRT- *El Combatiente*. El método marxista utilizado por sus autores (Mario Roberto Santucho, Oscar Prada y Félix Prieto), era el mismo que había guiado a Frondizi en sus análisis anteriormente estudiados. Así, a través de un análisis profundo de la situación económica y de la revolución a nivel Internacional, Regional y Nacional, siempre teniendo en cuenta que “la revolución es internacional por su contenido y nacional por su forma”, el documento se proponía establecer,

“a) las posibilidades de desarrollo de la revolución y su ritmo desigual en las distintas regiones del mundo y en el país, b) cuál es la clase revolucionaria y sus posibles aliados, c) cual es la combinación específica de tareas y consignas de la revolución en sus distintas etapas (tareas democráticas, socialistas, nacionalistas, etc.) para cada región y país.” (en De Santis, 2004: 146)

---

válido para América Latina la guerra de guerrillas<sup>4</sup>. Por su parte el FRIP, fundado y dirigido por los hermanos Santucho en 1961, fue una organización que alejada del lenguaje comunista y marxista internacional, recuperaba la tradición del nacionalismo revolucionario, con una concepción latinoamericanista e indigenista. Desde allí apoyó y defendió el proceso cubano.

Para ello, realizan una “reseña histórica” sobre los principales aportes y corrientes del marxismo revolucionario para construir su propia identidad política, su concepción ideológica y definir una estrategia revolucionaria.

El mismo comenzaba analizando los aportes de Marx y Engels, y continuaba con Lenin tomando como principal contribución la idea de que la revolución triunfaría solo como el resultado de una guerra civil prolongada. Esta debía ser concebida como “una larga serie de grandes batallas separadas una de otras por periodos de tiempo relativamente largos, y una gran cantidad de pequeños encuentros liberados a lo largo de estos intervalos” (en De Santis, 2004: 152), y para ello era necesario un partido fuerte, clandestino y centralizado. Luego, y en una de las apuestas más interesantes del documento, se trata de fusionar los aportes del trotskismo y el maoísmo a través de un “retorno al leninismo”. Esto significaba, retomar del trotskismo el análisis del “desarrollo desigual y combinado” del capitalismo y la necesidad de construir un Programa de Transición que logre resolver en consignas y tareas el problema del poder en regiones subdesarrolladas. Y del maoísmo un gran aporte a nivel estratégico: tanto la necesidad de la lucha armada permanente dirigida por el partido, como la idea de la guerra civil prolongada y la guerra de guerrillas (dentro de la cual, a diferencia del trotskismo, el campesinado jugaba un papel destacado).

Por último, a diferencia de la fracción de Nahuel Moreno, la organización analizaba las influencias del Castrismo-Guevarismo, ya que era considerada como la corriente latinoamericana que había dado los mayores aportes al marxismo revolucionario y que tenía mucho que enseñarles a los procesos de la región. Uno de los elementos fundamentales que recuperaba el PRT- *El Combatiente* de esta experiencia era la convicción de que la revolución debía darse a nivel continental, con un carácter de clase campesino, obrero y popular en la que las burguesías autóctonas no cumplían ningún rol “revolucionario”.

En este punto, al igual que a Frondizi, a esta organización no podía ubicársela en los cánones tradicionales de la izquierda. Su intento de síntesis superadora de las principales corrientes del marxismo revolucionario, era la misma que había intentado nuestro autor a lo largo de su obra, y que lo había conducido a afirmar:

“Nuestra posición nos diferencia de las soluciones dadas por los otros movimientos de izquierda. Del socialismo de la Segunda Internacional, en cuanto este niega el salto cualitativo o acto revolucionario como condición necesaria para la transformación socialista, empantanándose así en el reformismo y en la adaptación servil al sistema capitalista. Nos diferencia por otra parte del movimiento stalinista en cuanto éste ha llegado a parecerse al



socialismo reformista (...) Las consideraciones anteriores revelan también nuestras principales diferencias con la Cuarta Internacional trotskista, cuya lucha contra el stalinismo la ha limitado desde su nacimiento, imponiéndole un carácter negativo y no de síntesis superadora de aquél. Ello ha conferido al trotskismo casi todas las limitaciones del stalinismo (sectarismo, burocratización, pequeñez, atraso teórico), lo ha enquistado y divorciado de los grandes movimientos de masas de los últimos años” (Kaplan en Tarcus, 1997:148).

Argumentos similares había utilizado para justificar su ruptura con la IV Internacional en 1973. Así la organización consideraba al trotskismo como una corriente que desvalorizaba los aportes de otros revolucionarios más allá de Trotsky, manejando su pensamiento en bloque y negando sus errores. Esto los conducía a caracterizar de manera sectaria y errada los procesos revolucionarios de Cuba y Vietnam por considerarlos afines a la URSS, cayendo en posiciones reformistas o ultraizquierdistas, e incluso “sirviendo de refugio a toda clase de aventureros contrarrevolucionarios”, lo que los marginaba de los procesos revolucionarios del mundo.

Estas caracterizaciones y posiciones compartidas ubicaban a Frondizi y al PRT-ERP en un mismo lugar político no sólo entre las izquierdas, sino también al interior de la misma “nueva izquierda”, ya que las coincidencias además se daban en la lectura y análisis del peronismo.

El PRT-ERP también realizaba un análisis distinto tanto de las clásicas visiones conservadoras que caracterizaban al peronismo como un “movimiento fascista de la chusma descalzada” como de aquellas interpretaciones que lo entendían como un Movimiento Nacional. La organización, por su parte, lo caracterizaba como un “movimiento histórico que intentó un proyecto de desarrollo capitalista independiente, a través de un gobierno bonapartista que controlara a la clase obrera para apoyarse en ella” (Kaplan en Tarcus, 1997:120).

Coincidiendo con nuestro autor analizaban que la coyuntura histórica signada por la decadencia del imperio inglés y la segunda guerra mundial, había obligado a un sector del ejército a apoyarse en las masas obreras para realizar las tareas que la burguesía nacional, por su naturaleza, no podía garantizar. Allí radicaba su carácter bonapartista.

Para los perreteistas esta característica contradictoria llevaba al peronismo a un callejón sin salida. De este modo consideraban que si bien desde el punto de vista político era un fenómeno vivo y actuante, histórica e ideológicamente era un fenómeno agotado.

Por otro lado, también coincidían con Frondizi en que había significado una primera etapa en la formación de la conciencia de la clase obrera argentina, es decir, como el momento en que los trabajadores comenzaron a reconocerse como clase. Pero a su vez era visto como una traba objetiva para el desarrollo de la conciencia revolucionaria que debía superarse.

Todas estas coincidencias en las caracterizaciones fueron empujando a Silvio Frondizi a un acercamiento al PRT-ERP.

Tras el fracaso de la experiencia de Movimiento de Izquierda Revolucionaria-Praxis (MIR-Praxis), organización que había fundado en 1955, y afectado por el peso de la dictadura instaurada en 1966, la trayectoria política de Frondizi se vio relativamente suspendida hasta principio de los años 70 en el que surge su vínculo en el PRT-ERP. En última instancia,

“¿no era acaso éste un partido que se reclama, no ya del trotskismo, sino del marxismo revolucionario, internacionalista y proletario tal como Silvio Frondizi se había propuesto construir en los ‘50? ¿No era el PRT la organización hermana de los MIR latinoamericanos que habían tomado su nombre y muchas ideas del MIR-Praxis? ¿No se trataba de una corriente receptiva a sus ideas acerca de la crisis de legitimidad de la burguesía y del agotamiento del peronismo como proyecto de revolución democrático-burguesa?” (Tarcus, 1997:419).

Efectivamente el vínculo entre el intelectual marxista y la organización fue casi natural. De esta forma el compromiso de Frondizi fue in crescendo: paso de asumir, como abogado, la defensa legal de los presos políticos y gremiales, a transformarse en el director del quincenario Nuevo Hombre, comprado e impulsado por el PRT-ERP hacia 1972, y ser uno de los principales referentes del Frente Antiimperialista por el Socialismo, espacio político impulsado en 1973 por dicha organización en el que confluyeron otras personalidades y organizaciones de izquierda y del peronistas revolucionario.

Los caminos del PRT-ERP y de Silvio Frondizi se irán estrechando. Según algunos testimonios ingresaría a la organización en 1974, aunque ello no fue algo de público conocimiento y tampoco pudo comprobarse porque pocos meses después, el 27 de septiembre de 1974 será asesinado por la organización paramilitar Triple A. Más allá de si efectivamente se consumó su ingreso a la organización, su vínculo con ella fue inevitable e indisimulable, al punto tal que sus propios verdugos lo condenaron a muerte por considerarlo militante orgánico, “fundador” e ideólogo de esa organización. Con su asesinato se interrumpía abruptamente un proceso de búsqueda incansable que persiguió nuestro autor a lo largo de su trayectoria: la de incorporarse a la lucha revolucionaria,

construyendo un partido de combate y sintetizando su papel intelectual en la figura de un militante revolucionario total.

### ***Palabras finales***

A lo largo de este trabajo hemos intentado reconstruir los principales núcleos y aportes teóricos de Silvio Frondizi al marxismo latinoamericano. Como hemos visto las preocupaciones del autor y sus afirmaciones intervienen directamente en la agenda de debates que a nivel continental se estaban dando al interior del mundo de las izquierdas. Esto se corrobora en sus constantes polémicas con el comunismo latinoamericano, a través de las cuales va construyendo su propia lectura internacional, regional y latinoamericana. En ese sentido resulta interesante observar que muchas de sus claves de análisis y explicativas no sólo serán retomadas, directa o indirectamente, por distintas organizaciones revolucionarias de América Latina, sino también por importantes corrientes teóricas como la Teoría de la Dependencia surgida hacia mediados de los 70.

Como vimos, nuestro autor se transformó en un ideólogo fundamental de la “nueva izquierda” latinoamericana y argentina. Su acercamiento temprano a la Revolución Cubana y sus diálogos con el mismo Ernesto Che Guevara lo transformaron en una referencia intelectual para aquellos que alejados de los esquemas de la vieja izquierda se decidieron a construir el legado guevarista en sus respectivos países.

Si por algo se destacó Frondizi fue por su irreverencia teórica e intelectual que le permitió criticar hasta los propios padres fundadores del materialismo histórico sin por ello caer en un revisionismo claudicante. Esto le confirió un lugar dentro del marxismo que no podía ser definido en el binomio clásico de “stalinismo” o “trotskismo”, sino que adquiría autoridad propia. La potencia de su pensamiento se vio reflejada en su tesis sobre la integración mundial capitalista que, aun en un contexto de auge revolucionario, permitía prever la supervivencia del capitalismo más allá de sus crisis, así como también, y quizás allí radique el elemento más novedoso, el proceso de internacionalización del capital que décadas más tarde se dio a conocer como “globalización”.

Otra expresión de su ortodoxia anti dogmática del marxismo fue la interpretación del peronismo como bonapartismo. A partir de ella pudo salir de la explicación forzada que

proponía la izquierda tradicional y que llevaba a interpretarlo como fascismo, así como también de la del revisionismo populista que hacía una lectura complaciente del peronismo sin ver su naturaleza netamente capitalista y dependiente.

Por último, es necesario terminar remarcando que su lucha constante por salirse del papel de mero intelectual se materializó en su búsqueda incansable por erigirse como un militante revolucionario total. A nuestro entender esto le permitió una lectura aguda de la realidad argentina que llegó a adquirir carácter programático y que se materializó no sólo en sus propias experiencias organizativas (MIR-Praxis), sino en una corriente política más amplia que tuvo en el PRT-ERP su máxima expresión en la Argentina.

### ***Bibliografía***

- Barbrero Juan Jorge, “Tras las huellas de Silvio Frondizi, ante las ciencias sociales y la conciencia política en la Argentina Contemporánea”, En: Frondizi Silvio, *La integración mundial, última etapa del capitalismo y otros escritos*, CABA, Continente, 2014
- Daniel De Santis, *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP: documentos. Tomo 1 Volumen 1*, Buenos Aires, Nuestra América, 2004
- Frondizi Silvio “La crisis de la democracia” En: Frondizi Silvio, *La integración mundial, última etapa del capitalismo y otros escritos*, CABA, Continente, 2014.
- Frondizi Silvio, “Interpretación materialista dialéctica de nuestra época” En: Frondizi Silvio, *La integración mundial, última etapa del capitalismo y otros escritos*, CABA, Continente, 2014.
- Frondizi Silvio, “La evolución capitalista y el principio de soberanía” En: Frondizi Silvio, *La integración mundial, última etapa del capitalismo y otros escritos*, CABA, Continente, 2014.
- Frondizi Silvio, “La integración mundial, última etapa del capitalismo (respuesta a una crítica)”. En: Frondizi Silvio, *La integración mundial, última etapa del capitalismo y otros escritos*, CABA, Continente, 2014
- Frondizi Silvio, *La realidad Argentina. El sistema capitalista*. Tomo 1, Colección Socialismo y Libertad, <https://elsudamericano.wordpress.com>

- Frondizi Silvio, *La Revolución Cubana. Su significación histórica*, Montevideo, Editorial Ciencias Políticas, 1960
- Rodolfo Ghioldi “Una estimación kautskiana” En: Frondizi Silvio, *La integración mundial, última etapa del capitalismo y otros escritos*, CABA, Continente, 2014
- Tarcus Horacio, *El marxismo olvidado en Argentina: Silvio Frondizi y Milicíades Peña*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1997
- Tortti María Cristina, “La nueva izquierda argentina. La cuestión del peronismo y el tema de la revolución.”, En: Tortti María Cristina (Directora), Chama Mauricio y Celentano Adrián (co-directores), *La nueva izquierda argentina (1955-1976): socialismo, peronismo y revolución.*, Rosario, Prehistoria Ediciones, 2014
- Weisz Eduardo, *Claves para una interpretación de su singularidad. Marxismo, Internacionalismo y Clasismo.*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2006